

Hoy, ya junto a la cuna, nos une un ansia
[quieta;
pensamos: «¿si ha de sernos cruel el que
[esperamos?»
Y tú: «¡Que sea fuerte! ¡Lo he soñado
[poeta!»
Y yo: «¡Que sea buena! ¡Yo la he visto entre
[ramos!»
¿Qué importa lo que fuimos y lo que fué esa
[llama
de amor?... ¡Aquella noche la perdimos al
[viento!
¿Lo ves? Junto a la cuna ya no sé si te ama
mi corazón henchido de su presentimiento.
Lo que amamos ahora, es, en un ser diverso,
el mismo afán eterno de continuar la vida...

¡Ya encendimos la antorcha, la antorcha
[inextinguida!
¡Y ahora, que crepita, con sus llamas, el
[verso!...

EL NIÑO

Y Dios junta en un punto
sus líneas infinitas.

La noche luminosa se enreda a sus manitas
como el hilo dorado de una bola de seda.
Así, en manos del niño la eternidad se
[enreda
y Dios junta en un punto sus líneas infi-
[nitas.

(Del tomo *La Casa*, México, 1923)

LAS ELECCIONES BRITANICAS

Cada Gobierno tiene el país que se merece

CUALQUIER europeo del continente ha de sonreír a la vista de los procedimientos de propaganda electoral usados por los ingleses. He aquí dos carteles de las actuales elecciones: en uno, bajo una lluvia torrencial, aparecen Ramsay Macdonald, el líder laborista, cubriéndose con un guñapo que le sirve de bandera y paraguas y donde se lee la palabra *Socialismo*; a su lado, Asquith, y cogido de su brazo, Lloyd George, minúsculo y travieso, maltapados los dos por un paraguas roto, donde se lee: *Libre-cambio*, y a continuación, Baldwin, bien resguardado por un paraguas flamante, que es el proteccionismo. El otro cartel representa una mujer que mira melancólica a un plato de frutas y a unos tarros de mermeladas, y debajo, estas dos sentencias: «Si los gravan con impuestos, no podremos comprarlos. ¡Votad al liberal y evitad los impuestos!»

El simplismo que alcanza la propaganda electoral en Inglaterra es verdaderamente edénico. Los discursos y escritos electorales acaban resumiéndose en aforismos y fórmulas que parecen destinados, más que a hombres maduros, a chicos de escuela primaria. Los dibujos, sobre todo, sin malicia, desprovistos del menor toque de sátira y agudeza, suelen ser monumentos de ingenuidad, como si fueran hechos para convencer a párvulos. Difícilmente se encontrará un pueblo más infantil que el inglés, si se exceptúa a su pariente el norteamericano; un pueblo de inteligencia tan lenta, tan incapaz de comprender un razonamiento algo abstruso o complejo. Todo hay que reducirlo a ejemplos y expresiones pueriles, a síntesis tan elementales, que un deficiente mental podría entenderlas. Y, sin embargo, una demo-

cracia tan inocente y candorosa, que de tales medios necesita para enterarse de los problemas más arduos y graves, interiores y exteriores, que se le plantean a ningún pueblo contemporáneo, elige unos parlamentos e indirectamente unos gobiernos que, sin duda alguna, aventajan a todos los del mundo en competencia y eficacia, en pureza y visión histórica.

Este milagro de selección realmente aristocrática, obrado por una democracia inculta y simplista, es una prueba de que no siempre se cumple el dicho de que cada país tiene el Gobierno que se merece. Hay poderes públicos superiores al pueblo de donde dimanan. Cuando un Poder público está a la altura o por debajo del pueblo de donde debe proceder, la culpa, más que del pueblo mismo, es de los que dicen representarlo, de los que se envilecen descendiendo a su nivel o más abajo, en lugar de purificarlo y obligarlo a elevarse. Más justo sería decir que cada Gobierno tiene el país que se merece.

En Inglaterra, como en todas partes, hubo caciquismo y corrupción. Como puede suponerse, la excelencia del régimen parlamentario inglés no data

del origen del mundo: es una conquista lograda laboriosamente a lo largo de los siglos. También se coaccionaba allí al elector, amenazándole con múltiples formas de violencia si no votaba a los oligarcas de turno; su libertad y su pan corrían serios peligros cuando no entregaban su voto a los señores que disponían de las leyes y de los instrumentos de trabajo. Tampoco era desconocido el soborno electoral en sus infinitas variedades, desde la compraventa directa del voto hasta su adquisición por medios difusos y solapados, con promesas y dádivas en especie. Sería necio pensar que el inglés es un santo político ya desde que nace, y el español un canalla desde el propio claustro materno. Tales clasificaciones son demasiado simples para servir de ningún provecho.

Probablemente, el elector sin libertad o corrompido y el candidato corruptor o tiránico hubieran continuado siéndolo por los siglos de los siglos, en Inglaterra como en otros países cuyo ejemplo más eminente es España, si no hubieran aparecido minorías consagradas a velar por la pureza del sufragio. Es rara la nación de régimen parlamentario que no posea leyes para castigar los delitos electorales de coacción y soborno. Pero no todas las cumplen. También los españoles las tenemos, bien terminantes; pero no las cumplimos: eran pocas las actas de diputados a Cortes que venían del todo limpias en España; los atropellos de todo orden, desde el encarcelamiento hasta el cerco por hambre, singularmente en los distritos rurales, eran infinitos; las compraventas de votos, escandalosamente ostensibles hasta el cinismo más repulsivo, pues el tanto por ciento de actas anuladas, como se sabe, era ridículamente desproporcionado al número y calidad de delitos. De castigos de inhabilitación a electores y candidatos por infracciones de la ley Electoral, no se habla: jamás se ha impuesto ninguno. Los Tribunales más altos, en los juicios de actas a Cortes, pasaban por las mayores iniquidades y corruptelas. Había encanallamiento arriba y abajo; pero abajo había también opresión, falta de liber-

BOTICA ESPAÑOLA

Preparaciones
ASTOR:

ELIXIR ANTIPALÚDICO
VERMÍFUGO

INYECCIÓN ANTIGONORREICA

SAN JOSE

COSTA RICA